

Presentación

El gran crecimiento demográfico e industrial de la época actual ha concedido al agua un valor estratégico en el plano geopolítico. El descubrimiento y la propiedad de las fuentes acuíferas, su almacenamiento y distribución para el futuro, se convierten en temas que trascienden el ámbito estrictamente técnico de la hidrología y la hidráulica. Este es en la actualidad un problema político de primer orden. Tanto así que el consumo global de agua por habitante es considerado hoy, como un índice de desarrollo económico similar al del producto interno bruto. La relación entre las fuentes hídricas y las posibilidades de producción, tanto agrícola por la irrigación, como industrial por la generación de energía, es una relación directa. Esto explica el hecho de que el origen de la cultura haya estado

ligado al desarrollo de la agri-cultura. Las primeras civilizaciones humanas fueron, precisamente, aquellas que lograron desarrollar la tecnología propia para el almacenamiento y control del agua, es decir civilizaciones “hidráulicas”, tales como la china, la egipcia o la inca.

El agua es, además, uno de los símbolos primordiales de la experiencia humana. De allí que sus conexiones con los demás aspectos de la vida son prácticamente ilimitados, como lo muestra fácilmente un análisis de su estructura simbólica. Baste decir que aun nociones de filosofía política tan importantes como la de utopía [“nova insula Utopia” en el título original de T. Moro], están marcadas por la impronta del agua. En la cultura occidental, la isla evoca una realidad emergente, paradisíaca, protegida por las dificultades y peligros del agua, que crea en torno a ella una barrera protectora. El agua era, al mismo tiempo, camino y obstáculo hacia estas realidades políticas imaginadas. Comunicaba y a-isla-ba de ellas, como lo muestran bien los elementos mitológicos presentes en relatos tan distintos —en principio— como el cruce del mar Rojo o del río Jordán en la tradición judía, o el viaje marítimo de Ulises de regreso a Itaca en la tradición griega. Así, las islas forman parte vital de la tradición utópica de Occidente: Thule, Citerea, Atlántida, Arcadia, la Nueva Atlántida, Utopia, la Isla de los amores [Os Lusíadas], la Isla del tesoro [R.L. Stevenson], la Isla de Robinson Crusoe y, por supuesto, la isla de Patmos [Apocalipsis].

Un rasgo común a las imágenes relacionadas con la simbología del agua ha sido la premisa de que el agua era una realidad evidente. Hasta hace algunas décadas, la idea de la escasez del agua era un fenómeno impensable con el que estuvieron familiarizadas sólo algunas culturas en razón de la adversidad de su entorno inmediato [norte de África, península arábiga, Australia, China central]. Hoy en día, esta realidad se plantea como una de las amenazas generalizadas más importantes de la sociedad actual. Algunos mitos griegos sugerían ya los peligros involucrados en el exceso de confianza que podía conducir a la muerte propia. La “extralimitación”, se pensaba, puede conducir a la temeridad y ésta, a la autodestrucción. Icaro escapó volando con ayuda de unas alas de cera que su padre – Dédalo- había inventado. Pero no atendió el consejo de éste de no volar demasiado alto. Al acercarse al sol, sus alas se derritieron y cayó al mar. El riesgo implicado en esta “extralimitación” ha sido una preocupación recurrente [Faetón, Tántalo, Adán y Eva, Golem, Frankenstein]. Según esta perspectiva, el optimismo [prometeísmo] que caracteriza nuestra sociedad tecnológica, conduce a un exceso de confianza en las capacidades propias: “experimentar atributos divinos, pero sólo a riesgo de sobrepasarse y caer en el desastre” [J.L. Henderson].

La Biblia, escrita desde el trasfondo de una cultura semidesértica, concede al agua un papel primordial. Pronto comprende el personaje bíblico que la vida emerge gracias a un tenue equilibrio entre el

exceso y la carencia de agua, como nos lo muestra la alternancia impredecible entre sequías e inundaciones en nuestro mundo actual. El agua pronto adquirió en la Biblia valor de símbolo: poder formidable capaz de causar tanto la vida como la muerte. Realidad que nos hace ser conscientes de nuestra propia fragilidad y de nuestros límites: “no hemos tejido la red de la vida, somos tan sólo un hilo de esa red”.

Queremos explorar en este número, la forma en la que convergen en este tema del agua, los intereses económicos y políticos de nuestra sociedad con los símbolos religiosos del ser humano en distintas épocas.

Para Xabier Pikaza el Antiguo Testamento muestra que el agua se debe limitar para que surja el ser humano, quien a su vez debe cuidar el agua para que el mundo sea jardín y no desierto. En el Nuevo Testamento el agua del bautismo viene a presentarse como signo y principio de la verdadera creación, vinculada ahora al camino de vida de Jesús. Este tema culmina en Mt 25, 31-46, donde la exigencia de “dar de beber al que tiene sed” se convierte en principio de interpretación del evangelio y clave de la vida humana.

Para Elisabeth Cook la comprensión de la dimensión simbólica del agua en la Biblia, es un camino para recuperar nuestra relación fundamental con el agua y con la tierra. Explora cómo las dos fuentes de agua en Palestina [lluvia y fuentes subterráneas], presentan

distintos paradigmas de relación entre el ser humano y Dios: la procedencia del agua nos remite a diferentes comprensiones de la vida y a distintas actitudes espirituales. Se analiza Génesis 1-2.4a y 2.4bss, y Deut 8 y 11, donde el intento de dominar y controlar el agua contrasta con la dependencia absoluta del agua que viene directamente de Yahvé.

Arnoldo Mora analiza el tema en el marco de la geopolítica del siglo XX. El problema del agua es visto como un fenómeno global de destrucción provocado por el sistema capitalista que, confiscando en pocas manos los bienes necesarios para la vida, los reduce a mercancías cuyo valor económico está en función de su carestía. Quienes no pueden pagar quedan fuera del juego. Propone que los cristianos tenemos la obligación de defender los recursos naturales, evitar su privatización y volver a la idea de que todos los bienes indispensables para la vida deben ser patrimonio de la humanidad.

Para Gabriela Miranda el tema del acceso y la escasez del agua es un problema político que acarreará nuevas guerras y una nueva geografía política en torno a los mantos acuíferos. Curiosamente, existe otro fenómeno paralelo: el consumo de agua embotellada, una nueva cultura elitista que no se centra en la necesidad vital de beber sino en un consumo cultural. Las cisternas en la Biblia suministran agua pero también privan la libertad: Jeremías es “encarcelado” en un pozo (Jer 38). Las grandes empresas -en su afán por el control

de manantiales y mantos acuíferos-, asemejan cisternas cuyo futuro es futuro de muerte.

Tirsa Ventura propone leer Éxodo 7,14-25 “desde las márgenes”, es decir, desde la perspectiva de aquellos a quienes se les pronostica que “no podrán beber agua del río”. Dada la crisis actual de los recursos acuíferos en el mundo, se consideran los mecanismos de poder detrás de las decisiones que se toman, sin pensar en las consecuencias que éstas tienen para “los otros”. ¿Cuál es el problema real con el agua en la actualidad? ¿De dónde vienen las órdenes que proponen muerte? Se cuestiona el interés que tienen las grandes compañías transnacionales en el negocio con agua. Se trata de afirmar que otro mundo es posible.

Daniel Chiquete analiza la tradición sinóptica mostrando que el movimiento de Jesús percibió el agua en su invaluable dimensión vital, para de ahí llegar a convertirla en metáfora y símbolo de experiencias religiosas profundas. Analiza el modo en que el agua y la sed, como realidades cotidianas, han sido experiencias fundamentales de las comunidades neotestamentarias para comunicar su experiencia de la gratuidad de Dios. Concluye que en el tema del agua se fusionan los aspectos de realidad y símbolo, teología y vida de tal manera, que no es posible determinar con precisión los límites de cada uno.

Según Antonio Otzoy, considerar el tema del agua nos lleva a una búsqueda espiritual que se ha ido abandonando, y se hace necesario retomar. Esto nos permite fomentar una cosmovisión integral de la vida y del mundo en que vivimos. Nuestro reencuentro con la sacralidad del agua es el camino para el encuentro con vida. La pérdida actual del valor del agua es un signo del deterioro de toda la naturaleza. Nos corresponde recobrar el sentido original del agua en la vida, para recuperar con ello el sentido de equilibrio y complementariedad. Actuar de esta manera, contribuirá al florecimiento de la vida.

Invitamos a quienes abren las páginas de esta revista a acompañarnos en este recorrido por algunos de los muchos sentidos y desafíos que presenta el tema del agua para el quehacer teológico actual.

*José Enrique Ramírez
Director VjP*